ENSAYO ÉPICO

FRAGMENTOS DE UN POEMA

TITULADO

EL PELAYO (1)

PRIMERO.

I.

De los pasados siglos la memoria
Trae á mi alma inspiracion divina,
Que las tinieblas de la antigua historia
Con sus fulgentes rayos ilumina:
Virtud contemplo, libertad y gloria,
Crímenes, sangre, asolacion, rüina,

(1) Este poema, comenzado muchos años há, estaba ya muy cerca de su término; pero los trastornos y vicisitudes que el autor ha sufrido, han extraviado la mayor parte de los manuscritos, y ólo le es dado ofrecer al público, como muestra, estos fragmentos. Sin embargo, prendado de la belleza del asunto, no desconfía de dar cumplido remate á una obra que ha ocupado los primeros años de su vida.

Rasgando el velo de la edad mi miente,
Que osada vuela á la remota gente.

II.

Tornan los siglos á emprender su giro
De la sublime eternidad saliendo,
Y antiguas gentes y ciudades miro
Súbito ante mi vista apareciendo:
De ellos á par en mi ilusion respiro,
Oigo del pueblo el bullicioso estruendo,
Y lleno el pecho de agradable susto,
Contemplo el brillo del palacio augusto.

III.

Al blando són de la armoniosa lira
Oigo la voz de alegres trovadores,
El aura siento que fragancia espira,
Y al eco escucho murmurando amores;
Al sol contemplo que á Occidente gira
Reverberando fúlgidos colores,
Do la córte del godo poderío
Se alza orgullosa sobre el áureo rio.

IV.

Toledo, que de mágicos jardines
Cercada, eleva su muralla altiva,
No guardada de fuertes paladines,
Ornada sí de juventud festiva:
Allí entregado á espléndidos festines,
Rodrigo alegre y descuidado liba
Copas de néctar de fragancia pura,
Al deleite brindando y la hermosura.

V.

Allí con ojos lánguidos respira

Dulce placer beldad voluptuosa,
Y aroma exhala, si feliz suspira,
Del puro lábio de encarnada rosa :
Rodrigo en ella codicioso mira
La que á su amor se muestra desdeñosa,
Que más que todas es cándida y linda
La dulce, bella, celestial Florinda.

VI.

El ruido crece del festin en tanto,
Y el grato néctar aldeleite llama :
Su pecho inunda deleitoso encanto
Y el fuego impuro del amor le inflama :
Ebrio Rodrigo, desceñido el manto,
Alza la mano trémula, derrama
El áureo vaso, y atrevido sella
Dulce beso en el rostro á la doncella.

VII.

Todo es placer : de su mansion de rosa
La primavera cándida desciende,
Y en el regazo de la tierra ansiosa
El fuego animador de vida enciende :
Templa del mar la furia procelosa,
El viento en calma plácido suspende,
Y derrama la aurora en sus albores
Luz regalada y regaladas flores.

VIII.

Abre la flor naciente el lino seno,
Y recibiendo el encendido rayo,
En la esmeralda del otero ameno
Vierte su dulce olor, gloria del Mayo :
Pasa el arroyo plácido y sereno,
Solícito besándola al soslayo;

Ella en vivos colores se ilumina
Y al dulce beso la cabeza inclina.

IX.

Y en el pensil do con rosada frente
El halagüeno Abril pasa riendo,
A la sombra de un árbol eminente
Está la juventud danzas tegiendo;
Cual á la márgen de la herbosa fuente
Canta, blando laud diestro tañendo,
Y cuál del baile y del cantor se aleja,
Y á su dulce beldad tierno se queja.

X.

Allí Rodrigo con incierta huella
Lascivo sigue á la fatal Florinda :
Ciego, arrastrado de ominosa estrella,
Intenta audaz que á su furor se rinda.
No oye ¡infeliz! su mísera querella;
La ve humilde á sus piés, la ve más linda,
Y con lascivos ojos, con desdoro
Mancha la hermosa flor de su decoro.

XI.

En tanto encubre pavorosa nube
El cielo en ántes trasparente y terso,
Y relumbra la espada del querube,
Ministro del Señor del Universo :
Que ya la voz de la inocencia sube
Que en llanto el gozo trocará al perverso,
Y á la luz del relámpago se muestra
Del rayo armada la divina diestra.

XII.

Súbito un trueno retumbar se siente :

« ¡Himnos, vivas al Rey! la danza siga,
Y nuestra dicha y júbilo acreciente
El mútuo amor que nuestras almas liga. »
Tal grita aquella juventud demente,
Y al Rey ensalza que Jehová castiga.
« ¡ Himnos, vivas al Rey! » Súbito un rayo
Heló sus pechos con mortal desmayo.

XIII.

Envuelto en noche tenebrosa el mundo,
Las densas nubes agitando, ondean
Con sus alas los genios del profundo,
Que con cardeno surco centellean;
Y al ronco trueno, al eco tremebundo
De los opuestos vientos que pelean,
Se oye la voz de la celeste saña :
« ¡ Ay Rodrigo infeliz! ¡Ay triste España! »

XIV.

Todo despareció; lóbrego luto
Reina y silencío do el placer ardia;
Do el mísero monarca disoluto
En vil torpeza y embriaguez yacia;
Guerra y desolacion el triste fruto
Al fin será de su lascivia impía,
Y horrenda esclavitud : Rodrigo en tanto
Verterá entre sus hembras débil llanto.

XV.

¡Maldicion, maldicion! Yertas las flores,
Del huracan violento arrebatadas,
El alegre pensil de los amores
Verá sus hojas por do quier sembradas;
La música, el banquete, los favores
Dulces de amor, las danzas animadas,

El canto de las damas y galanes
Trocados miro en lágrimas y afanes.

XVI.

Tal otro tiempo en la soberbia cena
Donde mofaba de Jehová el impío,
Ya la medida al sufrimiento llena,
Rebosó de ira caudaloso rio :
Y el rey asirio con amarga pena
Vió en el muro de mármol con sombrío
Fuego animarse escrito sobrehumano,
Trazado allí por invisible mano.